

Ermanno Olmi

Treviglio, Bergamo, Italia, 1931. Nacido en una familia campesina, se trasladó muy joven a Milán para trabajar en la empresa EdisonVolta, en la que organizó el servicio cinematográfico, donde dirigió, entre 1953 y 1961, una treintena de documentales sobre los trabajos y los trabajadores de la empresa. En 1959 dirigió su primer largometraje de ficción, *Il tempo si è fermato*, sobre la amistad entre un estudiante y el guardián de una presa en el aislamiento y la soledad de la montaña. Dos años más tarde, su segunda película, *El empleo (Il posto)*, (1961), le consagró ante la crítica con su atención a lo cotidiano y su capacidad para retratar las pequeñas cosas. Capacidad que quedó confirmada con su siguiente película, *I fidanzati* (1963). Tras realizar una biografía de Juan XXIII, *E venne un uomo* (1965) y otra serie de títulos, logró la Palma de Oro en el Festival de Cannes con *El árbol de los zuecos (L'albero degli zoccoli)*, (1978). Tras rodar en 1982 *Camminacamina*, una larga enfermedad le mantuvo apartado, de manera intermitente, del trabajo. Su regreso al cine, *Lunga vita alla signora*, realizada en 1987, obtuvo el León de Plata en el Festival de Venecia. Su siguiente película, *La leyenda del santo bebedor (La leggenda del santo bevitore)*, (1988), obtuvo el León de Oro en Venecia. Olmi, que a lo largo de su carrera ha compaginado la ficción, la publicidad, el cine documental e incluso direcciones de óperas, anunció, en el pasado Festival de Cannes, donde presentaba su última película, *Centochiodi* (2007), que se retiraba de la ficción para concentrarse en los orígenes de su cine: el documental.

Todos tenemos la capacidad milagrosa de volver a nacer, a comenzar de cero. Y ése es el motivo central de mi optimismo. Al mismo tiempo, y esto es lo decepcionante, parece que para alcanzar esa honda dignidad humana que otorga la esperanza, tenemos que atravesar pruebas terribles. Por eso me acerco al cine como si fuera un verdadero acto religioso del hombre, como la familia, como el trabajo: porque sirve primeramente para afirmar la fe en la vida.

Ermanno Olmi, 1985.

Me reconozco entre los anónimos. Y realmente no pretendo sino ser una voz en el diálogo general, una voz que, en el tono y en la medida (y en el reconocimiento de mis límites) se coloca, no en la cultura que enseña o comunica soluciones, sino entre los anónimos que buscan respuestas. El anónimo no es alguien que no tiene nada que decir: es aquél que camina los senderos no trillados. En una ciudad está la plaza central y la avenida comercial con los escaparates iluminados; pero también está la calle que apenas nadie transita. Es ahí, creo yo, donde verdaderamente se desarrolla la vida, mientras que en los escaparates está sólo lo que se quiere mostrar de la vida. Si alguien quiere hacer películas para asombrar o epatar, para atraer la atención sobre sí, entonces está bien que las exponga en el escaparate de la avenida. Yo hago películas así como hablo contigo, o con la gente en el autobús o en el tren. Hago películas como un gesto natural. Hoy en día, la posibilidad de hacer imágenes está al alcance de todo el mundo. Sin embargo, lo que no es tan accesible, parece, es la conquista de cierta honestidad: hablar simplemente de lo que uno sabe, nada más; contar lo que constituye la razón misma del discurso que pretende elaborar. Aún a riesgo de resultar banal, sí. La banalidad me fascina. Creo infinitamente más en el misterio del tedio y de lo aparentemente sin importancia que en el clamor rimbombante de los discursos oficiales. Además, lo que es auténtico nunca resulta irrelevante. Por otro lado, cuando un acontecimiento se convierte en algo ruidoso y retumba por todos lados probablemente es ya demasiado tarde para poder abordarlo adecuadamente. Demasiado tarde. No deberíamos resignarnos a mirar las cosas sólo a partir de ese instante en que ya no pueden ser nada más que lo que son. En las pinturas oficiales conmemorativas de las batallas está siempre en el centro el general en jefe, a caballo, rodeado de su estado mayor, mientras los soldados aparecen en la lejanía, en medio del humo de la artillería. Los protagonistas verdaderos de la historia siempre permanecen en la sombra. Yo quiero contar historia de gente que, para los que escriben la historia, son gente sin rostro. Y sin crear, por el otro extremo, el mito del anonimato.

Ermanno Olmi, 1976.

Desde hace mucho tiempo, quizás ya desde mis primeros documentales, siento una fuerte

atracción por la creación. La miras y te das cuenta de que siempre hay algún elemento nuevo que puede asombrarte. La contemplación es la confianza en un asombro que seguramente se producirá, si dispones de tiempo y corazón para esperar. En el fondo este asombro es el fundamento de lo que llamo *postazione per la memoria*. Ésta es la sugerencia que suelo darles a mis jóvenes amigos: "Sentaos en cualquier lugar y esperad. El emplazamiento (la *postazione*) es exactamente esto, un lugar donde pararse y esperar el acontecer: esperad porque va a llegar". Muchas veces el hecho de delimitar el tiempo de la espera nos impide ver, por eso creo que la contemplación no es un estado pasivo, sino de actividad; y, por lo tanto, el que contempla está haciendo un trabajo hondo y crucial, porque espera asombrarse. Y cuando por fin llega el asombro, se llena de gozo: es un momento de dicha que se convierte en un acto de amor al comunicarlo, al transmitir la alegría del mundo, al participarlo con los demás. Es así, creo yo: la contemplación es un acto de amor.

Ermanno Olmi, 2001.

Declaraciones recogidas en Carlos Muguiro (ed.), *Ermanno Olmi. Seis encuentros y otros instantes*, Gobierno de Navarra, 2008.